

Reflexiones sobre cómo hacemos etnografía y cómo la etnografía nos hace a nosotros

María Cristina Hernández Bernal*

Lo que me ha sucedido al trabajar en el proyecto nacional Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio se puede definir como algo más que buena fortuna. Lo digo por la oportunidad de participar en dos equipos regionales que parecieran distantes, pero con muchas coincidencias: la Huasteca, específicamente en Veracruz y San Luis Potosí, y más tarde en Guerrero. En 2009, Julieta Valle Esquivel, coordinadora del equipo regional de la Huasteca Norte, me invitó a formar parte de su equipo de colaboradores. La Huasteca es sin lugar a dudas un universo pluricultural contenido en un paisaje majestuoso de caminos tan largos, que parece que una vida no bastara para recorrerlos. Primera parada, Ixhuatlán de Madero. Me preguntaba: “¿Y cómo llego allí?” Quizá ésta sea una de las primeras preguntas que uno se hace cuando realizará trabajo de campo y no tiene mayor idea sobre el lugar a donde se dirige más allá de las referencias bibliográficas y las de los compañeros que ya tienen la ventaja de haberlo explorado, de relacionarse y conocer las mejores rutas –también las más seguras.

A la par de estas preguntas surgen los cuestionamientos sobre el método etnográfico, porque ¿cómo llegar a un lugar prácticamente desconocido con personas cuyas vidas llevan ya un ritmo de cierta manera cotidiano y no saben quién eres? Entonces piensas –mejor dicho, piénsese–: “La observación participante me ayudará a que la gente confíe en mí y entonces coopere con mi trabajo...” Bueno, digamos que el método sirve, pero a final de cuentas la empatía que tengan contigo viene de otro lado de nuestra personalidad, el cual no se moldea con la teoría: es el lado humano, que aunado al desarrollo de la amabilidad y la solidaridad te lleva a otro nivel de comunicación y a otra comprensión de la realidad que estás observando. Esta comunicación lleva su tiempo y no se establece en los primeros contactos.

La gente que te recibe en su casa y te permite irrumpir en sus vidas también te observa en un intento de desmenuzarte de la misma manera que tú lo haces con tu guía de campo. Cuando permaneces varios días, se te pide que comas y bebas de lo que, en mi caso, degustan los nahuas. Te vas integrando así a la vida comunitaria mediante un doble ejercicio de comprensión y cooperación –el de ellos y el tuyo–, lo cual te va permitiendo registrar aquello que conforma la tarea sustantiva del proyecto: el necesario estudio y reestudio de los pueblos indígenas bajo lineamientos de investigación que contribuyan a la documentación de la multiculturalidad de nuestro país, al tiempo que buscas el fortalecimiento de la antropología en México mediante el enfoque etnográfico, con un ejercicio indispensable que incluya nuevas metodologías y formas de análisis. En fin, “un espacio para confrontar maneras diversas de entender y hacer etnografía” (Artís, 2005: 13).

* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH (marcris_hernandez@hotmail.com).



A toda carrera. Carreta tradicional, llamada “araña”, todavía en uso entre las comunidades mayos, El Júpare, Huatabampo, Sonora, 2009
Fotografía © José Luis Moctezuma Zamarrón

Resultado de mi estancia en el equipo de la Huasteca fueron dos ensayos colectivos y mi tesis de licenciatura, cuyo ejercicio etnográfico se centró en dar voz a los especialistas rituales y terapéuticos mediante la experiencia y el lenguaje. Dicho así el esfuerzo parece sencillo, sin embargo no lo es, porque se requiere una evaluación y cuidado constantes de lo que se dice, ya que la realidad no sólo puede ser interpretada o explicada, sino que también debe dar cuenta de las muy diversas maneras de ver y vivir en el mundo. Esto es, sin duda, uno de los caminos que nos puede llevar al acceso a la justicia intra y extracomunitaria.

Las líneas anteriores sirven como guía del título de esta breve reseña sobre nuestro quehacer antropológico, que a mi modo de ver refiere un parteaguas en la labor del investigador de lo social. Porque iniciar con una idea sobre el método etnográfico y cómo o de qué manera sirve de marco para entretener el conocimiento sobre las culturas indígenas de nuestro país y, en general, de América Latina, constituye un esfuerzo que involucra nuestra capacidad de observar y de crear con la mayor fidelidad posible una realidad que no es nuestra, que no compartimos. Otra cosa es cómo, a partir de los años y

del tiempo que compartimos esa realidad y la hacemos parte de nuestras reflexiones, simplemente nos cambia: ya no puedes ser ajeno a las circunstancias que se viven en el lugar donde se lleva a cabo lo que genéricamente conocemos como “trabajo de campo”.

A partir de 2011 me ha tocado vivir y experimentar mi labor como asistente de investigación en el equipo regional de Guerrero, coordinado por Samuel Villela Flores, de cuya experiencia etnográfica en el estado aprendo ahora. Puedo sostener con certeza que la complejidad étnica que se esboza para entender el país en que vivimos toma a la etnografía como herramienta primaria casi en forma “natural”; sin duda nos acompañan los cambios y continuidades impulsados por esa conquista cultural, espiritual y económica permanente que se enfrenta a sujetos sociales activos que construyen su devenir, cambios que parecieran lentos pero que en realidad resultan esfuerzos acelerados por mantener o, en su caso, desplazar los sistemas normativos, organizativos, cognitivos e ideológicos que posibilitan la vitalidad cultural o su agonía.

La etnografía es, entonces, una herramienta y también una especie de radiografía comunitaria, regional,



nacional y hasta internacional, ya que proporciona una diversidad de elementos culturales a estudiar tanto como se quiera; asimismo fija marcos históricos de larga o corta duración, además de aquellos que resultan de sucesos coyunturales, para configurar así una imagen de la cultura donde se trabaja que contribuya al entendimiento de estos modos de vida cuya vorágine de decisiones y posicionamientos ante el mundo reiteran continuamente los otros mundos posibles, esas otras formas de ser y estar. Por eso la etnografía no es sólo método, sino también un vehículo que nos permite transitar por todas las realidades posibles; hace de la investigación social un compromiso que se ramifica conforme nos adentramos en esas realidades locales que se dimensionan hasta hablar –como es el caso en la Montaña de Guerrero– de conceptos como hambre, pobreza, marginalidad, injusticia, violencia, conflicto, desastre, invisibilidad: condiciones que se conjugan para impulsar políticas públicas tan erradas como la introducción de fertilizantes y abonos químicos que han erosionado de manera acelerada las tierras laborables que resultan en vulnerabilidad alimenticia.

Así, “una de las regiones del país con mayores carencias, índices de migración elevados, siembra de enervantes, presencia del ejército e impunidad, la Montaña de Guerrero, es escenario de severos conflictos sociales donde confluyen disputas de corte político, pugnas por la tierra y diferencias por adscripción religiosa” (García, 2006: 4). Todo esto se conjuga con las festividades religiosas y rituales, la riqueza de los huertos y la milpa, la enseñanza de la lengua materna y los grupos culturales, la comida tradicional y las cocinas, que resguardan en su seno a una de las entidades más importante para los *mè'phàà*: *Tata Batsun*.

Nada es impensable en la Montaña, nada que la etnografía no pueda registrar y hacer visible; de ahí deviene su gran valor social, cultural y político. En suma,

hacer etnografía es presentar a los ojos de los no especializados culturas que se rigen mediante lógicas distintas y relaciones diversas, ya sea con el entorno natural, con los propios y con los otros, los distintos a uno; así, tenemos como desafío –citando las tan acertadas palabras de Miguel Bartolomé– “contribuir al incremento de la visibilidad política de los grupos étnicos, uno de los tantos retos que enfrenta la antropología contemporánea es que sus actividades accedan a un público más amplio que el conformado por las restringidas comunidades académicas.” (Bartolomé, 2005: 31).

Bibliografía

- Artís, Gloria, “Presentación”, en *Encuentro de voces. La etnografía de México en el siglo xx*, México, INAH (Etnografía de los Pueblos Indígenas de México, Debates), 2005, pp. 11-28.
- Bartolomé, Miguel A., “En defensa de la etnografía. Aspectos contemporáneos de la investigación intercultural”, en *Encuentro de voces. La etnografía de México en el siglo xx*, México, INAH (Etnografía de los Pueblos Indígenas de México, Debates), 2005, pp. 29-59.
- García U., Marta E., “En nuestro pueblo no mandan ustedes, manda el pueblo. Cambio religioso y conflicto en la Montaña de Guerrero”, tesis de doctorado en ciencias políticas y sociales, México, UNAM, 2006.

